

Arquidamo, hijo de Zeuxidamo, despues de haber reinado con gran crédito en Esparta, de Lampito, muger apreciable por su conducta, dejó un hijo llamado Agis; y otro mas joven de Eupolia la de Melispidés, llamado Agesilao. Como por la ley correspondia el reino á Agis, Agesilao que habia de vivir como particular, se sujetó á la educacion recibida en Lacedemonia, que era dura y trabajosa en cuanto al tenor de vida; pero muy propia para enseñar á los jóvenes á ser bien mandados. Por esto se dice que Simonides llamaba á Esparta domadora de hombres, á causa de que con el auxilio de las costumbres hacia dóciles á los ciudadanos, y sumisos á las leyes, como potros domados bien desde el principio; de cuyo rigor libertaba la ley á los jóvenes que se educaban para el trono. Asi hasta esto tuvo en su favor Agesilao, entrar á mandar no ignorando cómo se debía obedecer; por lo cual fue entre los reyes el que en su genio se avino y acomodó mas con los súbditos, juntando con la gravedad y elevacion de ánimo propias de un Rey, la popularidad y humanidad que le inspiró la educacion.

En las llamadas greyes de los jóvenes que se educaban juntos, tuvo por amador á Lisandro, prenda principalmente de su carácter modesto: pues aunque muy sensible á los estímulos de la emulacion, y el de genio mas pronto entre los de su edad, por lo que en todo aspiraba á ser el primero, y se mostraba irreducible é inflexible en la vehemencia de lo que emprendia, era por otra parte de aquellos con quienes pueden mas la persuasion y la dulzura que el miedo, y de los que por pundonor ejecutan cuanto se les manda; siéndoles de mas mortificacion las reprecensiones, que de cansancio los trabajos. El defecto de una de sus piernas lo encubrió en la flor de su

edad la belleza de su halagueño semblante; y el llevarlo con facilidad y alegría, usando de chistes y burlas contra sí mismo, lo disimulaba, y como que lo desvanecia en gran parte; y aun por él sobresalía y brillaba mas su emulacion, pues que ningun trabajo ni fatiga le acobardaba no obstante su cojera. No tenemos su retrato, porque no lo permitió, y antes al morir encargó que no se hiciera ningun vaciado, ni ninguna especie de imagen que representara su persona. La memoria que ha quedado es que fue pequeño y de figura poco recomendable; pero su festividad y su alegre y buen humor en todo tiempo, sin manifestar nunca enfado ni cólera, ni en la voz ni en el semblante, le hizo hasta la vejez mas amable que los de la mas gallarda disposicion. Refiere sin embargo Teofrasto, que los Eforos impusieron una multa á Arquidamo por haberse casado con una muger pequeña: porque no nos dará reyes, decian, sino reyezuelos.

Reinando Agis vino Alcibiades de Sicilia á Lacedemonia en calidad de desterrado, y á poco de residir en la ciudad se le culpó de tener trato menos decente con Timea, muger del Rey; y el niño que de ella nació no quiso Agis reconocerlo, diciendo que lo habia tenido de Alcibiades; de lo que escribe Duris no haber tenido gran pesar Timea; sino que antes bien al oido con las criadas le daba al niño el nombre de Alcibiades, y no el de Leotíquidas. De Alcibiades se refiere tambien haber dicho, que si habia tenido aquel trato con Timea, no habia sido por hacer afrenta á nadie, sino por la vanidad de que descendientes suyos reinaran sobre los Esparciatas. Mas al cabo por esta causa salió Alcibiades de Lacedemonia, temiendo á Agis. El niño causó siempre sospecha á este, y no le miró nunca como legítimo; pero hallándose enfermo se arrojó á sus pies con lágrimas, y alcanzo que le declarara por

hijo delante de muchas personas. Mas sin embargo despues de la muerte de Agis, Lisandro, que ya habia vencido á los Atenenses en el combate naval, y gozaba del mayor poder en Esparta, colocó á Agesilao en el trono, por no corresponder á Leotuquidas, que era bastardo; y ademas otros muchos ciudadanos que tenian en mucho la virtud de Agesilao y el haberse criado juntos, participando de la misma educacion, estuvieron de su parte tambien con el mayor empeño. Mas habia en Esparta un hombre dado á la adivinacion, llamado Diopetes, el cual tenia en la memoria muchos oráculos antiguos, y pasaba por muy sabio y profundo en las cosas divinas. Dijo pues que era cosa impía el que un cojo fuera Rey de Lacedemonia; acerca de lo cual en el juicio recitó este oráculo:

Por mas, ó Esparta, que andes orgullosa

Y sana de tus pies, yo te prevengo

Que de un reinado cojo te precavas:

Pues te vendrán inesperados males,

Y de devastadora y larga guerra

Seras con fuertes olas combatida.

A esto contestó Lisandro, que si los Esparciatas daban valor al oráculo, de quien se habian de guardar era de Leotuquidas: porque al Dios le era indiferente el que reinara uno á quien le flaqueasen los pies; pero que si reinaba quien no fuese ni legitimo, ni Heraclida, esto era estar cojo el reino; á lo que añadió Agesilao, que Neptuno habia testificado la ilegitimidad de Leotuquidas, haciendo á Agis saltar del lecho conyugal con un terremoto, desde el cual se habian pasado mas de diez meses hasta el nacimiento de Leotuquidas.

Declarado Rey de este modo y por estas causas Agesilao, al punto heredó tambien la hacienda de Agis, excluyendo como bastardo á Leotuquidas; pero viendo que los parientes de aquel por parte de

madre, siendo hombres de mucha probidad, se hablaban sumamente pobres, les repartió la mitad de los bienes, granjeándose de esta manera benevolencia y fama, en lugar de envidia y ojeriza con motivo de esta herencia. Lo que dice Genofonte, que obedeciendo á la patria llegó á lo sumo del poder, tanto que hacia lo que queria, se ha de entender de esta manera. La mayor autoridad de la república residia entonces en los Eforos y en los Ancianos, de los cuales aquellos ejercen la suya un año solo, y los Ancianos disfrutan este honor por toda la vida: siendo esto asi dispuesto, á fin de que los reyes no se creyeran con facultad para todo, como en la vida de Licurgo lo declaramos. Por esta causa solian ya de antiguo los reyes estar con aquellos en una especie de heredada disension y contienda; pero Agesilao tomó el camino opuesto, y dejándose de altercar y disputar con ellos, les tenia consideracion, procediendo con su aprobacion á toda empresa. Si le llamaban, se apresuraba á acudir, y cuantas veces sucedia que estando sentado para despachar en el regio trono pasasen los Eforos, les hacia el honor de levantarse. Cuando habia eleccion de Ancianos para el Senado, á cada uno le enviaba como muestra de parabien una sobrevesta y un buey. Con estos obsequios parecia que honraba y ensalzaba la autoridad de aquellos magistrados, y no se echaba de ver que acrecentaba la suya, dando aumento y grandeza á la prerogativa real con el amor y condescendencia que asi se granjeaba.

En su trato con los demas ciudadanos habia menos que culpar en él considerado como enemigo, que como amigo: porque injustamente no ofendia á los enemigos; y á los amigos los favorecia aun en cosas injustas. Si los enemigos se distinguian con alguna singular hazaña, se avergonzaba de no tributarles el honor debido; y á los amigos no solamente no los

reprendia, cuando en algo faltaban, sino que se complacia en ayudarles y en faltar con ellos: porque creia que no podia haber nada vituperable en los obsequios de la amistad. Siendo el primero á com- padecerse de los de otro partido si algó les sucedia, y favoreciéndolos con empeño si acudian á él, se ganaba la opinion y voluntad de todos. Viendo pues los Eforos esta conducta suya, y temiendo su poder, le multaron: dando por causa, que á los ciudadanos que debian ser del comun, los hacia suyos. Porque así como los físicos piensan que si de la universalidad de los seres se quitara la contrariedad y contienda, se pararian los cuerpos celestes, y cesarian la generacion y movimiento de todas las cosas por la misma armonia que habria entre todas ellas: de la misma manera le pareció conveniente al legislador Lacedemonio mantener en su gobierno un fomento de emulacion y rencilla como incentivo de la virtud: queriendo que los buenos estuviesen siempre en choque y disputa entre sí; y teniendo por cierto que la union y amistad, que parece fortuita y sin eleccion, y es ociosa y no disputada, no merece llamarse concordia. Y esto mismo piensan algunos haberlo tambien conocido Homero; porque no presentaria á Agamenon alegre y contento por los acalorados dictérios con que se zahieren é insultan Ulises y Aquiles, á no haber creído que para el bien común era muy conveniente aquella emulacion de ambos, y aquella disension entre los mas aventajados. Bien que no faltará quien no apruebe así generalmente este modo de pensar; porque el exceso en tales contiendas es perjudicial á las ciudades, y acarrea grandes peligros.

A poco de haberse encargado del reino Agesilao, vinieron algunos del Asia, anunciando que el Rey de Persia preparaba grandes fuerzas para excluir á los Lacedemonios del mar. Descaba Lisandro ser envia-

do otra vez al Asia, y dar auxilio á aquellos de sus amigos que habia dejado por Gobernadores y tiranos de las ciudades, y que por haberse conducido despótica y violentamente, habian sido expelidos ó muertos por los ciudadanos. Persuadió pues á Agesilao que se pusiera al frente del ejército, y que pasando á hacer la guerra lejos de la Grecia, se anticipara á los preparativos del bárbaro. Al mismo tiempo dió aviso á sus amigos del Asia para que enviaran á Lacedemonia á pedir por General á Agesilao. Presentándose este ante la muchedumbre, tomó á su cargo la guerra, si le concedian treinta entre generales y consejeros Esparciatas, dos mil ciudadanos nuevos escogidos de los Hilotas, y de los aliados una fuerza de seis mil hombres. Con el auxilio de Lisandro se decretó todo prontamente, y enviaron al punto á Agesilao, dándole los treinta Esparciatas, de los cuales fue desde luego Lisandro el primero, no solo por su opinion y su influjo, sino tambien por la amistad de Agesilao, á quien le pareció que en proporcionarle esta expedicion le habia hecho mayor favor que en haberle sentado en el trono. Reuniéronse las fuerzas en Gerasto, y él pasó con sus amigos á Aulide, donde hizo noche; y le pareció que entre sueños le decia una voz: « Bien sabes, ó Rey de los Lacedemonios, que ninguno ha sido General de toda Grecia, si no antes Agamenon, y tú ahora despues de él: » en consideracion pues de que mandas á los mismos que él mandó; que haces á los mismos la guerra, » y que partes á ella de los mismos lugares, es puesto en razon que hagas á la Diosa el sacrificio que él hizo aquí al dar la vela; » é inmediatamente se presentó á la imaginacion de Agesilao la muerte de la doncella que el padre degolló á persuasion de los adivinos. Mas no le asombró esta aparicion, sino que levantándose y refiriéndola á los amigos, dijo que honraria á la Diosa con aquellos sacrificios que por

lo mismo de ser Dios. le habian de ser mas agradables, y en ninguna manera imitaria la insensibilidad de aquel General; y coronando una cierva, dió orden de que la inmolará su adivino, y no el que solia ejecutarlo, destinado al efecto por los Beocios. Habiéndolo sabido los Beotarcas, encendidos en ira, enviaron heraldos, que denunciasen á Agesilao no hiciera sacrificios contra las leyes y costumbres patrias de la Beocia; y habiéndole hecho estos la intimacion, arrojaron del ara las piernas de la víctima. Fue de sumo disgusto á Agesilao este suceso, y se hizo al mar irritado contra los Tebanos, y decaído de sus esperanzas, á causa del agüero, pareciéndole que no llevaria á cabo sus empresas, ni su expedición tendria el éxito conveniente.

Llegados á Efeso desde luego fue grande la dignidad de Lisandro, y su poder se hizo odioso y molesto, acudiendo en tropel las gentes en subusca, y siguiéndole y obsequiándole todos; de manera que Agesilao, tenia el nombre y el aparato de General por la ley; pero en el hecho Lisandro era el árbitro y el que todo lo podía y ejecutaba. Porque de cuantos Generales habian sido enviados al Asia, ninguno habia habido ni mas capaz, ni mas terrible que él; ni hombre ninguno habia favorecido mas á sus amigos, ni habia hecho á sus enemigos mayores males. Como aquellos habitantes se acordaban de estas cosas, que eran muy recientes, y por otra parte veian que Agesilao era modesto, sencillo y popular en su trato, y que aquel conservaba sin alteracion su dureza, su irritabilidad y sus pocas palabras, á él acudian todos, y él solo se llevaba las atenciones. En consecuencia de esto desde el principio se mostraban disgustados los demas Esparciatas, teniéndose mas por asistentes de Lisandro, que por consejeros del Rey; y despues el mismo Agesilao, aunque no tenia nada de envidioso, ni se incomodaba de que se honrase á

otros; como no le faltasen ni ambicion, ni carácter, temió no fuera que si ocurrian sucesos prósperos se atribuyesen á Lisandro por su fama. Manejóse pues de esta manera: primeramente en las deliberaciones se oponia á su dictámen, y si lo veia empeñado en que se hiciese una cosa, dejándole á un lado, y desentendiéndose de ella; hacia otra muy diferente. En segundo lugar si acudian con algun negocio los que sabia eran mas de la devocion de Lisandro, en nada los atendia. Finalmente aun en los juicios si veia que Lisandro se ponía contra algunos, éstos eran los que habian de salir mejor; y por el contrario aquellos á quienes manifestamente favorecia podian tenerse por bien librados, si sobre perder el pleito no se les multaba. Con estos hechos, que se veia no ser casuales, sino sostenidos con igualdad y constancia, llegó Lisandro á comprender cuál era la causa, y no la ocultó á sus amigos; antes les dijo que por él sufrían aquellos desaires, y los exhortó á que hicieran la corte al Rey, y á los que podían mas que él.

Echábase de ver que con esta conducta y estas expresiones procuraba excitar odio contra Agesilao; y este para humillarle mas le nombró repartidor de la carne; y segun se dice, al anunciar el nombramiento añadió delante de muchos: ¡qué vayan ahora estos á hacer la corte á mi carnicero! Mortificado pues Lisandro se presentó y le dijo: sabes muy bien, ó Agesilao, humillar á tus amigos; y éste le respondió: sí, á los que aspiran á poder mas que yo; y Lisandro entonces: quizá es mas lo que tú has querido decir que lo que yo he ejecutado; mas señálame puesto y lugar donde sin incomodarte pueda serte útil. De resulta de esto, enviado al Helesponto, trajo á presentar á Agesilao al persa Espitridates, de la provincia de Farnabazo, con ricos despojos y doscientos hombres de á caballo; pero no se le pasó el enojo; sino que llevándole siempre en su ánimo, pen-

só en el modo de quitar el derecho al reino á las dos casas, y hacerlo comun para todos los Esparcíatas; y es probable que habrian resultado grandes novedades de esta disension, á no haber muerto antes haciendo la guerra contra la Beocia. De este modo los caracteres ambiciosos, que no saben en la república guardar un justo medio, hacen mas daño que provecho: pues si Lisandro era insolente, como lo era en verdad, no guardando modo ni tiempo en su ambicion, no dejaba Agesilao de saber que podia haber otra correccion mas llevadera que la que usó con un hombre distinguido y acreditado que se olvidaba de su deber; sino que arrebatados ambos del mismo afecto, el uno parece haber desconocido la autoridad del General, y el otro no haber podido sufrir los yerros de un amigo.

Sucedió que Tisafernes, temiendo al principio á Agesilao, capituló con él, concediéndole que las ciudades griegas se gobernasen por sus leyes con independencia del Rey; pero pareciéndole despues que tenia bastantes fuerzas, se decidió por la guerra; y Agesilao admitió gustoso la provocacion: porque confiaba mucho en el ejército, y tenia á menos que los diez mil mandados por Genofonte hubiesen llegado hasta el mar, venciendo al Rey cuantas veces quisieron; y que él, al frente de los Lacedemonios, que daban la ley por mar y por tierra, no presentara á los Griegos ningun hecho digno de conservarse en la memoria. Pagando pues á Tisafernes su perjurio con un justo engaño, dió á entender que se dirigia á la Caria, y cuando el bárbaro tuvo reunidas allí sus fuerzas, levó anclas, é invadió la Frigia. Tomó muchas ciudades, y se apoderó de inmensas riquezas, manifestando á sus amigos que quebrantar injustamente la fe de los tratados es insultar á los Dioses; pero que en usar de estratagemas que induzcan en error á los enemigos, no solo no hay injusticia, si-

no acrecentamiento de gloria, acompañada de placer y provecho. Era inferior en soldados de á caballo, y al hígado de una victima se halló faltarle uno de los lóbulos; retiróse pues á Efeso, y juntó prontamente caballería por el medio de proponer á los hombres acomodados que si no querian servir en la milicia, dieran cada uno un caballo y un hombre; y como estos fuesen muchos, en breve tiempo tuvo Agesilao muchos y valientes soldados de á caballo en lugar de inútiles infantes. Porque los que no querian servir, pagaban jornal á los que á ello se presentaban; y los que no querian cabalgar, á los que tenían gusto en ello: pues tambien de Agamenon se dice haber obrado muy cuerdamente en recibir una excelente yegua por librar de la milicia á un hombre cobarde y rico. Ocurrió asimismo que los encargados del despacho del botin pusieron de su orden en venta los cautivos, despojándolos del vestido; y como de las ropas hubiese muchos compradores, pero de las personas, viendo sus cuerpos blancos y débiles del todo, á causa de haberse criado siempre á la sombra, hiciesen irrision, teniéndolos por inútiles y de ningun valor; Agesilao, que se hallaba presente: estos son, dijo, contra quienes peleais, y estas las cosas por que peleais.

Quando fue tiempo de volver otra vez á la guerra, anunció que se dirigia á la Lidia, no ya con ánimo de engañar á Tisafernes, sino que él mismo se engañó, no queriendo dar crédito á Agesilao, á causa del pasado error: pensó por tanto que su marcha seria á la Caria, por ser terreno poco á propósito para la caballería, en la que estaba escaso. Mas quando Agesilao se encaminó, como lo habia dicho al principio, á los campos de Sardis, le fue preciso á Tisafernes correr á aquella parte; y moviendo con la caballería, acabó al pasó con muchos de los Griegos que andaban desordenados asolando el país. Refle-

xionando pues Agesilao que no podia llegar tan presto la infantería de los enemigos, cuando á él nada le faltaba de sus fuerzas, se dió prisa á venir á combate; é interpolando con la caballería algunas tropas ligeras, les dió orden de que acometieran rápidamente á los contrarios; y él cargó tambien al punto con la infantería. Pusieronse en fuga los bárbaros; y yendo en su persecucion los Griegos, les tomaron el campamento, é hicieron en ellos gran matanza. De resultas de esta batalla no solo se hallaron en disposicion de correr y talar á su arbitrio toda aquella provincia del imperio del Rey, sino tambien de presentenciar el castigo de Tisafernes, hombre malo, y enemigo implacable de la nacion Griega; porque el Rey envió sin dilacion contra él á Titraustes, quien le cortó la cabeza; y con deseo de que Agesilao, haciendo la paz, se retirara á su país, envió quien se lo propusiera, ofreciéndole grandes intereses; pero este dijo que la paz dependia solo de la república; y por su parte mas se alegraba de que se enriquecieran sus soldados, que de enriquecerse él mismo; y que además los Griegos tenian por mas glorioso que él recibir presentes, tomar despojos de los enemigos. Con todo queriendo manifestar algun reconocimiento á Titraustes por haber castigado al enemigo comun de los Griegos Tisafernes, condujo el ejército á la Frigia, recibiendo de aquel en calidad de viático treinta talentos. Estando en marcha, le fue entregado un decreto de los que ejercian la autoridad suprema en Esparta, por el que se le daba tambien el mando de la armada naval: distincion de que solo gozó Agesilao, el cual era sin disputa el mayor y mas ilustre de cuantos vivieron en su tiempo, como lo dijo tambien Teopompo; pues que mas queria ser apreciado por su virtud, que por sus dignidades y mandos. Sin embargo entonces, habiendo hecho Gefe de la armada á Pisandro, pareció apartarse de estos

principios: porque no obstante haber otros mas antiguos y de mas capacidad, sin atender al bien comun, y dejándose llevar del parentesco y del influjo de su muger, de la que era hermano Pisandro, puso á este al frente de la armada.

Situando Agesilao su campo en la provincia sujeta á Farnabazo, no solo le mantuvo en la mayor abundancia, sino que recogió imponderable riqueza; y adelantándose hasta la Paflagonia, atrajo á su amistad al Rey de los Paflagonios Cotis, deseoso de ella por su virtud y su fidelidad. Espitridates, desde que revelándose á Farnabazo se pasó al partido de Agesilao, marchaba siempre y se acampaba con él; llevando en su compañía á un hijo muy hermoso que tenia llamado Megabates (del que siendo todavía muy niño, se prendió con la mayor pasion Agesilao) y á una hija doncella, tambien hermosa, en edad de casarse. Persuadió Agesilao á Cotis que se casase con ella; y recibiendo de él mil caballos y dos mil hombres de tropa ligera, se retiró otra vez á la Frigia, donde corria y talaba la provincia de Farnabazo, que nunca le esperaba ni fiaba en sus fortalezas; sino que conduciendo siempre consigo la mayor parte de sus presas y tesoros, andaba huyendo de una parte á otra, mudando continuamente de campamentos, hasta que puesto en su observacion Espitridates, que llevaba consigo al Esparciata Heripidas, le tomó el campamento, y se apoderó de toda su riqueza. De aquí nació que siendo Heripidas un denunciador rígido de lo que se habia tomado, como obligase á los bárbaros á presentarlo, registrándolo é inspeccionándolo él todo, irritó de tal manera á Espitridates, que le obligó á marcharse á Sardis con los Paflagonios: suceso que se dice haber sido á Agesilao sumamente desagradable. Porque además de sentir la pérdida de un hombre de valor como Espitridates, y de la fuerza que consigo tenia, que no era despre-

ciable, le causaba rubor la nota que le resultaba de avaricia y mezquindad; la que no solo queria alejar de sí mismo, sino mantener de ella pura á su república. Fuera de estas causas manifiestas, punzábale tambien no ligeramente el amor que tenia impreso del joven; sin embargo de que aun estando presente, poniendo en accion su caracter firme, pugnó resueltamente para resistir á todo deseo que desdijese. Asi es que en una ocasion, acercándose á él Megabates para saludarle con ósculo, se retiró; y como este avergonzado se contuviese é hiciese en adelante sus saluciones desde lejos, pesaroso á su vez y arrepentido Agesilao de haberse hurtado al beso, hizo como que se admiraba de la causa que podia haber habido para que Megabates no presentase ya la boca al saludarle: á lo que, tú tienes la culpa, le contestaron sus amigos, no aguardando, sino antes bien precaviéndote y temiendo el beso de aquel mozo; pero si tú quieres, él vendrá y te le dará, bajo la condicion de que no has de temerle segunda vez. Detúvose algun tiempo Agesilao, pensando entre sí y guardando silencio; y despues dijo: paréceme que no hay necesidad ninguna de que le persuadais, porque mas gusto he tenido en sostener por segunda vez esta misma pelea del beso, que en que se me convirtiera en oro cuanto tengo á la vista. Asi se manejó con Megabates mientras estuvo presente; pero despues que marchó, al ver hasta qué punto se inflamó, es difícil asegurar que si hubiese regresado y presentádosele, hubiera podido hacer igual resistencia á dejarse besar.

A este tiempo quiso Farnabazo tener una entrevista con él, y Apólófanes de Cicico, que era huested de ambos, los reunió. El primero que concurrió con sus amigos al sitio aplazado fue Agesilao, y en una sombra encima de la yerba, que estaba muy crecida, se tendió á esperar á Farnabazo; llegado el

cual, aunque se le pusieron alfombras de diferentes colores y pieles muy suaves, avergonzado de ver así tendido á Agesilao, se reclinó tambien en el suelo sobre la yerba; sin embargo de que llevaba un vestido rico y sobresaliente por su delgadez y sus colores. Saludáronse mutuamente, y á Farnabazo no le faltaron justas razones para quejarse de que habiendo sido muy util en diferentes ocasiones á los Lacedemonios durante la guerra con los Atenienses, ahora aquellos mismos le talaban su pais; pero Agesilao, sin embargo de ver que los Esparciatas que le habían acompañado, de vergüenza tenían los ojos bajos, sin saber qué decirse, porque realmente consideraban ser Farnabazo tratado con injusticia: « nosotros, ó Farnabazo, le dijo, siendo antes amigos del Rey, tomábamos amistosamente parte en sus negocios; y ahora, que somos enemigos, nos habemos con él hostilmente. Viendo pues que tú quieres ser uno de los bienes y propiedades del Rey, con razon le ofendemos en tí; pero desde el dia en que quieras mas ser amigo y aliado de los Griegos, que esclavo del Rey, ten entendido que estas tropas, nuestras armas, nuestras naves y todos nosotros seremos defensores y guardas de tus bienes y de tu libertad; sin la cual nada hay para los hombres ni honesto ni apetecible.» Manifestóle en consecuencia de esto Farnabazo su modo de pensar, diciéndole: « si el Rey encargase el mando á otro que á mí, estaré con vosotros; pero si á mí me le confia, no omitiré medio ni diligencia alguna para defenderme y ofenderos por su servicio.» No pudo menos Agesilao de oirlo con placer: tomóle la diestra; y levantándose, ¡ojalá, ó Farnabazo, le dijo, teniendo tales prendas, fueras mas bien mi amigo que mi enemigo!

Al retirarse Farnabazo con sus amigos se detuvo su hijo, y corriendo hácia Agesilao, le dijo con son-

risa: yo te fiago; ó Agesilao, mi huésped; y teniendo en la mano un dardo, se le presentó: tomóle Agesilao, y causándole placer su aspecto y su obsequio, miró si entre los que le rodeaban tendría alguno cosa con que pudiera remunerar á aquel gracioso y noble joven; y viendo que el caballo de su secretario Aideo tenía preciosos jaeces, se los quitó, é hizo á aquél con ellos un regalo. En adelante le tuvo siempre en memoria; y como pasado algun tiempo fuese privado de su casa, y arrojado por los hermanos al Peloponeso, le amparó con el mayor zelo; y aun en ciertos amores le prestó su auxilio. Porque se habia prendado de un mocito atleta de Atenas; y siendo ya grande, como fuese de mala condicion, y se temiese que iba á ser expelido de los juegos Olímpicos, el Persa acudió á Agesilao, pidiéndole por aquel joven; y él queriendo servir á este, aunque con mucha dificultad y trabajo, salió con su intento: porque en todo lo demás era prolijo y ajustado á ley; pero en los negocios de los amigos creia que el querer parecer nimiamente justo no solia ser mas que una excusa. Corre pues en prueba de esto una carta suya á Hidrieo de Caria en que le decia: á Nicias; si no ha delinquido, absuélvele; si ha delinquido, absuélvele por mí; y de todas maneras absuélvele. Esta solia ser en general la conducta de Agesilao en las cosas de sus amigos. Con todo en ocasiones obraba segun lo que el tiempo pedia, sin atender mas que á lo que era conveniente: como se vió quando habiendo tenido que levantar el campo con precipitacion, se dejó enfermo á un joven que amaba: porque rogándole este y llamándole al tiempo de marchar, volvió la cabeza y le dijo: cosa difícil es tener á un tiempo juicio y compasion: segun que así nos lo ha transmitido Gerónimo el filósofo.

○ Pasado ya el segundo año de su expedicion, era mucho lo que en la corte del Rey se hablaba de Age-

silao, y grande la fama de su moderacion, de su sobriedad y de su modestia. Porque armaba para sí solo su pabellon en los templos de mayor veneracion, á fin de tener á los Dioses por espectadores y testigos de aquellas cosas que no solemos hacer en presencia de los hombres; y entre tantos millares de soldados no seria fácil que se viese lecho ninguno mas desacomodado ó mas pobre que el de Agesilao. Con respecto al calor y al frio se habia acostumbrado de manera que parecia formado exprofeso para las estaciones tales cuales por los dioses eran ordenadas; y era para los Griegos que habitaban en el Asia, el espectáculo mas agradable ver á los gobernadores y generales, que antes eran molestos é insufribles, y que estaban corrompidos por la riqueza y el regalo, temer y lisonjear á un hombre que se presentaba con una pobre túnica; y hacer esfuerzos por mudarse y transformarse á una sola expresion breve y lacónica; de manera que á muchos les venia á la memoria aquel dicho de Timoteo:

Tirano es el Dios Marte; mas á Grecia
El oro corruptor no la intimida.

Conmovida ya el Asia, y dispuesta en muchos puntos á la sublevacion, arregló aquellas ciudades; y poniendo en su gobierno el correspondiente orden sin muertes ni destierros, resolvió ir mas adelante; y marchar trasladando la guerra del mar de Grecia, á hacer que el Rey combatiere por la seguridad de su propia persona y por las comodidades de Ecbatana y Susa; y á sacarle ante todas cosas del ocio y del regalo, para que ya no fuese desde su escaño el árbitro de las guerras de los Griegos, ni corrompiese á los demagogos. Mas quando iba á poner por obra es-

○ ¿Cómo no ha de ser tirano quien obliga á tales mudanzas? lo demás es bien claro. Este Timoteo fue poeta ditirámbico.